

torrales y bosques de alrededor, con orden de salir de su emboscada á la primera señal, y encargó á Magón que ocupase con unos dos mil caballos todos los caminos por donde calculaba que podría huir el enemigo. Tomadas estas disposiciones durante la noche, salió al amanecer y formó sus tropas en batalla. No tardó Fulvio en presentarse, menos con la esperanza de vencer que arrastrado por la ciega impetuosidad de los soldados. La misma precipitación que les había hecho marchar al combate, se observó en su orden de batalla; cada uno según su capricho, corría ó se paraba á la casualidad en puestos que después abandonaba por temor ó por antojo. La primera legión y el ala izquierda de los aliados (1) se formaron primeramente en una línea que presentaba un frente muy dilatado; en vano gritaron los tribunos «que en el centro no había fuerza ni apoyo, y por donde atacase el enemigo quebrantaría fácilmente al ejército.» Lejos de impresionar los consejos más prudentes, ni siquiera se les escuchaba. En el ejército de Aníbal todo era muy diferente, el general, las tropas y el orden con que avanzaban. Los romanos no pudieron resistir ni los gritos ni el primer choque de los cartagineses. Su jefe, tan inhábil y temerario como Centenio, pero con mucho menos valor, viendo que la victoria se declaraba por el enemigo y que los suyos huían en desorden, saltó sobre su caballo y huyó con unos doscientos jinetes. En cuanto al resto del ejército, cuyo frente estaba desordenado y que se encontraba envuelto por la espada y por los lados, sufrió tales pérdidas que de diez y ocho mil hombres, apenas escaparon dos mil, quedando el enemigo dueño del campamento.

(1) El ejército de los aliados se dividía en dos cuerpos, el ala derecha y el ala izquierda, siendo ala para ellos lo que legión para los romanos.

Las noticias de estas derrotas, llegadas una tras otra, difundieron en Roma luto y terror. Sin embargo, los triunfos de los cónsules, cuyas operaciones eran mucho más importantes, calmaban algo la impresión de aquellas desgracias. Enviaron cerca de los cónsules á C. Letorio y á M. Metilio, para exhortarles á que recogiesen los restos de los dos ejércitos y á que hiciesen lo posible para que el terror no impulsase á los fugitivos á rendirse al enemigo, como ocurrió después de la derrota de Cannas; los cónsules deberían buscar también á los desertores del ejército de voluntarios. Igual misión se confirió á P. Cornelio, encargado además de hacer nuevas levás. Este hizo publicar en las plazas y mercados la orden de buscar á los voluntarios y traerles á las enseñas: todas estas medidas se cumplieron con rigurosa exactitud. El cónsul Ap. Claudio envió á D. Junio á la desembocadura del Vulturno y á M. Aurelio Cotta á Puzzola, con orden de enviar inmediatamente al campamento todo el trigo que traían las naves de la Etruria ó de la Cerdeña. El mismo regresó á Capua, y encontró en Casilino á su colega Q. Fulvio, ocupado en el transporte de las máquinas necesarias para el sitio. Entonces rodearon los dos la plaza, y llamaron al pretor Claudio Nerón que ocupaba en Suesula el antiguo campamento de Marcelo. Nerón dejó aquel punto bajo la custodia de corta guarnición, y se dirigió á Capua con el resto de sus tropas. De esta manera las tiendas de los tres generales se alzaron bajo las murallas de Capua, y tres ejércitos la atacaron cada uno por su lado. Comenzaron por rodearla con un foso y una empalizada; construyeron fortificaciones á corta distancia unas de otras; y las diferentes salidas, que por diversos puntos intentaron los habitantes para entorpecer los trabajos, fueron rechazadas con tan feliz resultado, que al fin permanecieron quietos en el recinto de



sus murallas. Antez de que los trabajos estuviesen muy adelantados, enviaron una diputación á Aníbal para quejarse del abandono que iba á entregar Capua á los romanos y para rogarle que acudiese en auxilio de sus aliados, estrechados por el sitio y á la vez encerrados en un recinto. Los cónsules recibieron del pretor P. Cornelio una carta en que les invitaba «antes de rodear la plaza, á permitir la salida de los que quisieran alejarse de Capua con lo que les perteneciese; á prometer la libertad y el disfrute de sus bienes á los que abandonasen la ciudad antes de los idus de Marzo, y á declarar que los que, pasado este plazo, intentasen salir ó permaneciesen en la ciudad, serian tratados como enemigos.» Notificada esta determinación á los campanios, la rechazaron con desprecio, y hasta profirieron insultos y amenazas. Aníbal había marchado desde Herdonea sobre Tarento, con la esperanza de apoderarse de la fortaleza por astucia ó por la fuerza. No pudiendo conseguirlo, volvió hacia Brundisium, donde esperaba entrar por traición: también perdió ahora el tiempo. Aquí fué donde le encontraron los legados campanios para dirigirle sus quejas y sus ruegos. Aníbal les contestó con soberbia seguridad que ya había hecho levantar el sitio de su ciudad y que ahora no se atreverían los cónsules á esperar su llegada. Despedidos con esta esperanza, apenas pudieron penetrar los legados en Capua, rodeada ya por doble foso y doble empalizada.

Mientras los romanos estrechaban fuertemente á Capua, terminó el sitio de Siracusa por la constancia y valor del general y el ejército, secundados por la traición de algunos habitantes. En efecto; al comenzar la primavera, Marcelo había vacilado entre dirigir sus fuerzas contra Agrigento, donde mandaban Hamilcón é Hipócrates, ó continuar el sitio de Siracusa. Veía claramente que no era posible tomar la ciudad por fuerza

á causa de su posición por tierra y por mar; ni por hambre, porque casi sin obstáculo traería sus convoyes de Cartago. Sin embargo, para no omitir nada, se dirigió á los refugiados siracusanos (encontrábanse entre los romanos algunos varones siracusanos nobilísimos, alejados de su país en el momento de la defección); invitádoles á que sondeasen las disposiciones de sus partidarios y que les prometiesen, si le entregaban Siracusa, la conservación de su libertad y de sus leyes. No era fácil celebrar entrevistas, porque el considerable número de sospechosos aumentaba la vigilancia, haciendo que toda la atención estuviese fija en ellos y que se estuviese en guardia contra toda tentativa de este género. Un esclavo de los desterrados consiguió penetrar en la ciudad como desertor, se avistó con algunos partidarios de los romanos y entabló después la negociación. En seguida, muchos de estos, ocultos entre redes en barcas de pescadores, fueron al campamento y celebraron entrevistas con los refugiados; imitaronles otros y después otros más, llegando al número de ochenta. Todas las medidas estaban tomadas para la traición, cuando reveló el proyecto á Epícides un tal Atalo, despechado por no haberle hecho partícipe del secreto. A todos les dieron muerte entre terribles suplicios. Otra esperanza reemplazó en seguida á la que acababa de desvanecerse. Un lacedemonio, llamado Dámipo, enviado por Siracusa al rey Filipo, había caído en poder de la flota romana. Epícides mostraba grande interés por rescatarle; Marcelo no se negó á ello, porque los romanos deseaban entonces la amistad de los etolianos, aliados de Lacedemonia. Eligióse para tratar de este rescate un paraje á la mitad del camino de la ciudad y del campamento, el más favorable para los unos y para los otros; el puerto Trogilo, inmediato á una torre llamada Galeagra. En una de aquellas frecuen-



tes entrevistas, habiendo observado de cerca la muralla un romano, contó las piedras, midió con la vista la altura de cada una, y reconoció que en aquel paraje la muralla no era tan elevada como suponían todos, y él mismo había creído, y que se podía llegar á lo alto con escalas ordinarias. Participó sus observaciones á Marcelo, que no despreció el aviso; pero como no era posible llegar á aquella parte de las fortificaciones, más guardadas por su misma debilidad, esperaba una ocasión favorable. Ofrecióla un desertor diciendo que Siracusa iba á celebrar durante tres días las fiestas de Diana, y que á falta de otras provisiones de que carecían en el sitio, no se economizaría el vino en el festín, habiendo hecho distribuirlo Epícides en la ciudad y los grandes á las tribus. Enterado de esto, celebró Marcelo consejo con corto número de tribunos, eligió con ellos los centuriones y soldados más capaces para realizar empresa tan atrevida; se proveyó secretamente de escalas, y mandó al resto del ejército que comiese y descansase temprano, con objeto de poder marchar de noche á una expedición. Cuando calculó que los excesos del día habían sumido á los sitiados en el primer sueño, á una señal mandó á los soldados de su manipulo llevar las escalas y guió cerca de mil hombres en fila y en silencio hasta el punto indicado. Los primeros llegan sin ruido á lo alto de la muralla, imitándoles los otros, porque la audacia de los primeros inspira valor hasta á los más vacilantes.

Ya eran dueños de una parte de las murallas los mil soldados, cuando hicieron aproximarse el resto de las tropas, y con mayor número de escalas suben al muro. La señal se les había dado desde la Hexafile, adonde los primeros habían llegado en medio de profunda soledad, porque la mayor parte de los guardias, después de haberse entregado al desorden durante el día, estaban embriagados ó acabando de embriagarse. Algunos

fuieron sorprendidos y degollados en sus lechos. Cerca de la Hexafile había un postigo que comenzaron á romper con violencia, y al mismo tiempo la trompa dió desde lo alto de la muralla la señal convenida. La sorpresa se convirtió por todas partes en ataque á viva fuerza, porque habían llegado ya al barrio de Epípola, donde las guardias eran numerosas. Tratábase entonces de aterrar más bien que de engañar al enemigo, y lo consiguieron. En efecto, al primer sonido de la trompa, á los gritos de los romanos, que ocupaban las murallas y una parte de la ciudad, los centinelas creyeron que toda estaba en poder del enemigo, y unos huyeron por las murallas, otros saltaron al foso ó cayeron precipitadamente por la multitud de los fugitivos. Entretanto, considerable parte de los habitantes ignoraban aún su desgracia, porque todos estaban entorpecidos por el vino y el sueño, y porque en una ciudad tan grande, el desastre de un barrio no podía conocerse en seguida en los otros. Al amanecer, cuando quedó forzada la Hexafile, la entrada de Marcelo con todas sus tropas despertó á los sitiados, que corrieron á las armas para defender, si era posible, la ciudad medio tomada. Epícides sale de la isla llamada Nasos y acude rápidamente al encuentro de los asaltantes, de quienes supone han escalado la muralla en corto número, gracias á la negligencia de los centinelas, y á los que cree poder rechazar sin trabajo. Reconviene á los fugitivos que encuentra en el camino porque aumentan la alarma y exageran el peligro; pero cuando ve la Epípola llena de enemigos, se apresura, después de mandar que les arrojen algunos venablos, á regresar á la Acradina, menos con el temor de no poder rechazar un enemigo tan numeroso, como para prevenir en el interior una traición que podría brotar de las circunstancias y cerrarles, en medio del tumulto, las puertas de la Acradina y de la isla. Desde



una altura, dentro de Siracusa, contemplando Marcelo á sus pies la ciudad, quizá la más bella de aquel tiempo, dícese que lloró, tanto de alegría por haber puesto fin á tan grande empresa, como por el recuerdo de la antigua gloria de aquella ciudad. Recordaba flotas atenienses echadas á pique, ejércitos formidables destruidos con dos generales ilustres, tantas peligrosas guerras sostenidas con Cartago, tantos tiranos y poderosos reyes y sobre todos Hierón, cuya memoria era tan reciente todavía, y que se había distinguido por su valor, por sus triunfos y especialmente por los servicios que había prestado al pueblo romano. Dominado por estos recuerdos y especialmente por la idea de que cuanto veía, dentro de una hora sería devorado por las llamas y reducido á ceniza, quiso, antes de atacar la Acradina, hacerse preceder por los siracusanos, que, como ya se dijo, se habían refugiado en el campamento romano, con la esperanza de que podrían decidir, por la persuasión, al enemigo, á que entregase la ciudad.

Las puertas y murallas de la Acradina las guardaban principalmente los desertores, que, en caso de capitulación, no tenían esperanza alguna de perdón; así fué que no permitieron ni acercarse á las murallas ni entablar conferencias. Habiendo fracasado Marcelo en esta tentativa, hizo volver las enseñas hacia Euryala, fuerte situado en una altura, en el extremo de la ciudad más alejado del mar, dominando el camino que lleva desde el campo al interior de la Isla, y muy favorablemente situado para recibir convoyes. Epícides había encargado la defensa á Filodemo Argivo. Marcelo le envió á Sosis, uno de los asesinos del tirano, quien, después de larga conferencia sin resultado, volvió á decir al general que aquel jefe había pedido tiempo para deliberar, aplazándose de día en día porque esperaba que Hipócrates y Hamilcon aproximasen su campamento y sus legio-

nes, no dudando que una vez dentro de la fortaleza les fuese fácil exterminar el ejército romano encerrado en las murallas. Marcelo veía la imposibilidad de apoderarse de Euryala por convenio ó por fuerza, y marchó á acampar en Neápoli y Tica (dos barrios de Siracusa tan grandes como ciudades), temiendo que si penetraba en barrios más populosos le fuese imposible contener á los soldados, ávidos de botín. Allí fueron los legados de Neápoli y Tica llavando cintas y ramos de olivo, para suplicarles les libertase de la matanza y el incendio. Habiendo puesto á deliberación Marcelo su petición más bien que súplica, mandó publicar, por unánime parecer del consejo, «prohibición de que se atentase á ninguna persona libre; que todo lo demás se abandonaría al soldado.» Adosó el campamento á las casas para que le sirviesen de defensa, y colocó guardias y centinelas en las puertas que daban á las plazas públicas, por temor de que la dispersión de las tropas hiciese emprender algún ataque. En seguida, á una señal dada, los soldados se desparramaron por todos lados, rompiendo las puertas de las casas, difundieron terror y confusión, pero perdonando la vida á los habitantes; el saqueo no cesó hasta que recogieron todas las riquezas que dilatada prosperidad había acumulado en Siracusa. Filodemo, que no tenía esperanza alguna de socorro, consiguió marchar con toda seguridad al lado de Epícides, evacuó la fortaleza y la entregó á los romanos. Mientras se fijaba la atención en aquella parte de la ciudad, cuya captura daba ocasión á todo aquel tumulto, Bomilcar, aprovechando la noche y una tempestad que no permitía á la flota romana permanecer al ancla en la rada, escapó del puerto de Siracusa con treinta y cinco naves, dejando cincuenta y cinco á Epícides y á los siracusanos; se dirigió á Cartago, donde informó del extremo peligro en que se encontraba Si-



racusa, y regresó pocos días después con cien naves, habiendo recibido, según se dice, cantidades considerables que Epícides sacó del tesoro de Hierón. Dueño Marcelo de la fortaleza de Euryala, la guarneció y ya no tuvo que temer que tropas numerosas introducidas en ella sorprendiesen á sus soldados por la espalda y les atacase en un recinto amurallado que no les permitía desenvolverse. En seguida atacó la Acradina por medio de tres campamentos favorablemente colocados, esperando reducir á los sitiados por medio de absoluta escasez. Durante algunos días permanecieron quietos por una y otra parte; pero la llegada de Hipócrates y Hamilcon hizo que atacasen bruscamente á los romanos por todas partes. Hipócrates había acampado cerca del puerto grande; y desde allí, dando la señal á la guarnición que ocupaba la Acradina, atacó el campamento antiguo de los romanos, donde mandaba Crispino, mientras que Epícides hacía una salida contra los puestos avanzados de Marcelo; la flota cartaginesa se acercaba también á la playa, entre la ciudad y el campamento romano, con objeto de imposibilitar que Marcelo enviase socorros á Crispino. Sin embargo, la alarma que ocasionó el enemigo fué más grande que el combate: Crispino no solamente rechazó el ataque de Hipócrates, sino que le ahuyentó y persiguió. En cuanto á Marcelo, rechazó á Epícides á la ciudad y quedó por entonces á cubierto de todo ataque repentino. Los males de la guerra aumentaron con una enfermedad contagiosa que, cayendo á la vez sobre los dos bandos, les obligó á suspender las hostilidades. Los calores excesivos del otoño y la insalubridad del país habían producido en los dos campamentos, pero más en el exterior que en el interior de la ciudad, una epidemia casi general. Al principio la humedad de la estación y las emanaciones pestilenciales de los campos produjeron

enfermedades mortales; muy pronto los mismos cuidados que se tenían con los enfermos y el contacto con éstos aumentaron el contagio: necesario era dejarlos peecer sin socorro ni consuelo, ó respirar estando á su lado los miasmas deletéreos; no se veía más que muertos y funerales, ni se oía otra cosa día y noche que gemidos. Al fin la costumbre del mal extinguió de tal manera la sensibilidad, que no solamente no se rendía á los muertos el tributo del llanto y el dolor, sino que hasta se prescindió de enterrarles. La tierra estaba sembrada de cadáveres á la vista de los que esperaban igual suerte; el temor, la fetidez de los muertos y de los moribundos aceleraban el fin de los enfermos y contagiaban á los que no lo estaban. Prefiriendo algunos morir á filo de espada, marchaban solos á atacar los puestos enemigos. La peste hizo más estragos en el campamento de los cartagineses que en el de los romanos, aclimatados por largo sitio. Los sicilianos que servían en el ejército enemigo, viendo que el contagio provenía de la insalubridad del terreno, se apresuraron á volver á sus ciudades, bastante cercanas de Siracusa; pero los cartagineses, que no tenían otro asilo, perecieron todos, hasta el último, incluso sus jefes Hipócrates y Hamilcon. Redoblando la violencia el azote, Marcelo hizo pasar sus soldados á la ciudad, donde los techos y la sombra aliviaron algo sus débiles cuerpos. Sin embargo, la enfermedad arrebató mucha gente al ejército romano. Destruído de esta manera el ejército terrestre de los cartagineses, los sicilianos que habían sido soldados de Hipócrates se retiraron á dos ciudades poco importantes, pero bastante fuertes por su posición y baluartes, una á tres y otra á quince millas de Siracusa. Allí hicieron llevar los víveres y recursos que obtenían de su país. Bomilcar había partido de nuevo para Cartago



con su flota, y allí presentó la posición de los aliados de manera que se les podía auxiliar eficazmente y hasta coger á los romanos en la ciudad que ellos creían haber tomado. Con esto decidió á los cartagineses á enviar á Sicilia, bajo su mando, considerable número de naves cargadas con todo género de provisiones y á reforzar su flota. Habiendo partido de Cartago con ciento treinta naves largas y setecientas de carga, tuvo viento bastante favorable para pasar á Sicilia; pero el mismo viento le impidió doblar el cabo Paquino. Primeramente el rumor de la llegada de Bomilcar, después el de su inesperado retraso, produjeron en los romanos y siracusanos alternativas de temor y de alegría. Epícides, temiendo que si los vientos del este que reinaban entonces continuaban soplando muchos días desde el amanecer, tomase de nuevo el rumbo de Africa la flota cartaginesa, dejó la custodia de la Aeradina á los jefes de las tropas mercenarias, y se reunió por mar con Bomilcar, á quien encontró puesta ya la proa al Africa, y temiendo un combate naval, no porque sus fuerzas fuesen inferiores, porque su flota era más numerosa, sino porque los romanos tenían sobre él la ventaja del viento. Sin embargo, Epícides le decidió á que arriesgase la batalla. Por su parte Marcelo, viendo que toda la Sicilia levantaba un ejército formidable y que la flota cartaginesa iba á abordar con provisiones considerables, temiendo verse encerrado por mar y tierra en una ciudad enemiga, á pesar de la inferioridad numérica de sus naves, decidió impedir á Bomilcar que entrase en Siracusa. Dos flotas opuestas bordeaban el promontorio de Paquino, dispuestas á aprovechar para combatir la primera calma que permitiese ganar la alta mar. En cuanto el viento del Este, que soplaba furiosamente desde muchos días antes amainó un poco, Bomilcar se movió el primero y pareció que su vanguardia se dirigía á alta mar para

doblar con más facilidad el cabo; pero cuando vió la flota romana avanzar contra él, dominado por repentino temor, hizo vela hacia alta mar, envió mensajeros á Heraclea para dar orden á las naves de transporte de que volviesen á Africa, costeó él la Sicilia y ganó el puerto de Tarento. Perdiendo de pronto Epícides tan hermosa esperanza y renunciando á sostener el sitio de una ciudad medio tomada, hizo vela hacia Agrigento, más para esperar allí el desenlace, que para intentar ninguna empresa.

En cuanto se supo en el campamento de los sicilianos que Epícides había salido de Siracusa, que los cartagineses habían abandonado la Sicilia, entregándola, por decirlo así, segunda vez á los romanos, después de sondear las disposiciones de los sitiados, enviaron legados á Marcelo para estipular las condiciones de rendición de la ciudad. Estaban de acuerdo para dejar á los romanos todo lo que había pertenecido á los reyes y á los sicilianos el resto de la isla con su libertad y sus leyes. Los legados pidieron una entrevista á aquellos á quienes había encargado Epícides la dirección de los asuntos; les dicen: «que el ejército les ha encargado á la vez tratar con Marcelo y con ellos, para que la suerte de todos fuese igual, tanto para los sitiados como para los que se encontraban en el exterior, y que no había ninguna estipulación particular y exclusiva.» Introducidos en seguida en la ciudad para conferenciar con sus huéspedes y amigos, les comunican las condiciones convenidas con Marcelo, les prometen la vida y les deciden á que se unan á ellos para atacar á los tenientes de Epícides, Polyclito, Filistión y Epícides apodado Síndón. Muertos éstos y convocada una asamblea general, después de deplorar el hambre que daba ocasión en la ciudad á tantas murmuraciones secretas, hicieron observar que «á pesar de todos los males que les abru-



maban, no debían acusar á la fortuna, puesto que en manos de los siracusanos estaba ponerles término. Por cariño y no por odio habían sitiado los romanos á Siracusa. No habían empuñado las armas hasta que vieron la Sicilia en poder de Hipócrates y Epícides, satélites de Aníbal y después de Jerónimo; habían atacado á la ciudad, antes para arrojar de ella á aquellos crueles tiranos que para dominarla. Ahora que Hipócrates no existía, que Epícides se encontraba lejos de Siracusa y muertos sus tenientes; que vencidos los cartagineses por mar y tierra, se veían obligados á renunciar á la entera posesión de la Sicilia, ¿qué motivo quedaba á los romanos para no desear la conservación de Siracusa como en tiempos de Hierón, su amigo más fiel? La ciudad y sus habitantes nada tenían que temer más que de ellos mismos, si dejaban escapar la ocasión de reconciliarse con los romanos. Tal vez jamás se presentaría otra tan favorable como aquella en que la muerte de sus tiranos les había devuelto la libertad.»

Con general asentimiento se oyeron estas palabras; sin embargo, creyóse conveniente crear pretores antes de nombrar legados, que se eligieron entre estos magistrados. Presentóse la legación á Marcelo, y el jefe habló de esta manera: «No debe imputarse á los siracusanos la defección de Siracusa, sino á Jerónimo, menos impío con vosotros que con nosotros mismos. Cuando la muerte del tirano restableció la paz entre los dos pueblos, no la turbó ningún siracusano, sino los satélites de la tiranía, Hipócrates y Epícides, que nos oprimieron por el terror y la traición. Jamás hemos sido libres, sin estar al mismo tiempo en paz con vosotros. Hoy que la muerte de nuestros opresores nos deja dueños de nuestra voluntad, venimos en el acto á entregaros nuestras armas, nuestras personas, nuestras ciudades, nuestras fortalezas; á someternos, en fin, á cuantas

condiciones os plazca imponernos. Los dioses te han reservado, ¡oh Marcelo! la gloria de apoderarte de la ciudad griega más hermosa y más ilustre; todo lo memorable que hemos hecho por mar y tierra aumentará el esplendor de tu triunfo. ¿Preferirás que sólo se sepa por la fama cuál fué la grandeza de esta ciudad conquistada por tí, á dejar el espectáculo á nuestros descendientes, á permitir que el extranjero de cualquier parte del mundo que venga á ella pueda contemplar los trofeos de nuestras victorias sobre los atenienses y cartagineses y los tuyos sobre nosotros mismos? Permite que los siracusanos sean clientes de tu familia y vivan bajo la protección del nombre de Marcelo (1). Que no pese más á tus ojos el recuerdo de Jerónimo que el de Hierón, que fué amigo vuestro más tiempo que enemigo el otro; recibisteis los beneficios del uno, y el delirio del otro sólo sirvió para perderle.» Los romanos habían de escuchar muy favorablemente todas estas peticiones. Entre ellos mismos corrían los siracusanos los mayores peligros; porque los desertores, persuadidos de que querían entregarles á los romanos, infundieron igual temor á los soldados mercenarios, y corriendo á las armas, mataron primeramente á los pretores, y en seguida se desparramaron por la ciudad para degollar á los habitantes. Enfurecidos, inmolaron á los que la casualidad les presentó y saquearon cuanto cayó á su alcance. En seguida, para no quedar sin jefes, nombraron seis prefectos, tres para la Acradina y otros tres para la Isla. Calmado al fin el tumulto y enterados los mercenarios de lo que se había tratado con los roma-

(1) Dedúcese de estas palabras que los Marcelos eran patronos de los siracusanos, como los Fabios de los Alobroges, Cicerón de los campanios y Catón de los capadocios y chipriotas. En memoria de la clemencia y humanidad de Marcelo, se celebraban en Siracusa fiestas en su honor llamadas Marcelleas.



nos, reconocieron que su causa era muy diferente á la de los desertores.

En aquel momento regresaron á Siracusa los legados enviados á Marcelo y les aseguraron que sus sospechas eran infundadas, que los romanos no tenían ningún motivo para ejercer venganzas en ellos. Uno de los tres prefectos que mandaban en la Acradina era un español llamado Mérico; y entre el cortejo de los legados se colocó de intento uno de los auxiliares españoles. Este hombre, hablando sin testigos con Mérico, comenzó por enterarle de la situación de España, de donde recientemente había llegado. «Allí todo estaba en poder de las armas romanas; Mérico podía, prestando un servicio distinguido, obtener el primer puesto entre sus conciudadanos, bien quisiera servir bajo los romanos, bien regresar á su patria. Si, por el contrario, se obstinaba en sostener el sitio, ¿qué esperanza le quedaba rodeado por mar y tierra?» Impresionado Mérico por este razonamiento, hizo agregar su hermano á la embajada que se había convenido enviar á Marcelo. El mismo español le consiguió una entrevista secreta con el general, de quien recibió la palabra, y cuando se combinó el plan, regresó á la Acradina. Mérico entonces, para alejar toda sospecha de traición, dice: «que le desagradan todas aquellas idas y venidas de legados; que no se debe ya ni recibir ni enviar á nadie; y para que se guarden mejor los puestos, es necesario repartir los más importantes entre los prefectos, y de esta manera cada uno será responsable de aquel cuya defensa le esté encomendada.» Todos aprobaron la proposición, y en el reparato tocó en suerte á Mérico el barrio que se extendía desde la fuente Aretusa á la entrada del puerto grande, de lo que enteró á los romanos. Con este aviso, Marcelo dispuso que durante la noche remolcase una cuátrirreme, una nave de transporte cargada de solda-

dos, hasta la altura de la Acradina, con orden de desembarcar delante de la puerta inmediata á la fuente Aretusa. El desembarque se realizó durante la cuarta vigilia, introduciendo Mérico á los romanos, según estaba convenido. Al amanecer mandó Marcelo un asalto general á la Acradina, de manera que no solamente atrajese á aquel lado toda la guarnición de la plaza, sino que también obligase á la de la Isla á abandonar su puesto para rechazar el impetuoso choque de los romanos. En medio de aquel tumulto, naves de transporte, equipadas de antemano, dispuestas para rodear la Isla, desembarcaron en ella fuerza armada, y encontrando desguarnecidos los puestos y abiertas las puertas, que así las dejaron los que salieron en socorro de la Acradina, se apoderaron casi sin resistencia de la Isla, que el desorden y la fuga de sus guardas había dejado sin defensores. Nadie opuso menos resistencia que los desertores, porque desconfiaban hasta de sus mismos compañeros, emprendiendo por tanto la fuga en medio del combate. Al enterarse Marcelo de que la Isla estaba tomada, de que un barrio de la Acradina había caído en su poder y que Mérico con los suyos se había unido á los romanos, mandó tocar retirada, con objeto de evitar el saqueo del tesoro real, que se suponía mucho más grande de lo que era en efecto.

Contenida de esta manera la impetuosidad del soldado, dió á los desertores que se encontraban en la Acradina tiempo y medios de escapar, y los siracusanos, libres al fin de todo temor, abrieron las puertas y enviaron legados á Marcelo que solamente pidieron su vida y la de sus hijos. Marcelo, después de celebrar un consejo, al que fueron admitidos aquellos siracusanos á quienes obligaron las turbulencias á refugiarse en el campamento romano, respondió: «que Roma había recibido durante cincuenta años menos servicios de Hie-



rón, que ultrajes, durante tres, de los tiranos de Siracusa: que en último caso, la mayor parte de aquellos males habían recaído sobre los culpables, y que aquellos infractores de los tratados se habían castigado á sí mismos más cruelmente de lo que podía exigir el pueblo romano. Si durante tres años había tenido sitiada á Siracusa, no fué para que los romanos tuviesen una ciudad esclava, sino para libertarla del yugo y opresión de los jefes y de los desertores. Siracusa pudo aprender su deber por el ejemplo de aquellos habitantes suyos que se refugiaron en medio del ejército romano; en el del jefe español Mérico, que había entregado el puesto que mandaba, y en último caso en la resolución tardía, pero firme, de los mismos siracusanos. Todos los trabajos y todos los peligros que aquella prolongada resistencia le habían hecho soportar en derredor de las murallas de Siracusa, por tierra y por mar, quedaban muy débilmente recompensados por la captura de la ciudad.» En seguida envió su cuestor á la Isla para posesionarse del tesoro de los reyes y ponerlo á cubierto de toda violencia. La ciudad fué entregada al saqueo, pero se cuidó de colocar centinelas en las puertas de aquellos siracusanos que pasaron á los romanos. En medio de todos los excesos que hacía cometer el furor, la avaricia y la crueldad, Arquímedes, según se dice, en medio del tumulto de una ciudad tomada por asalto y el estrépito de los soldados que se dispersaban para saquear, fué encontrado con los ojos fijos en figuras que había trazado en la arena y muerto por un soldado que no le conocía. Marcelo deploró aquella muerte, cuidó de sus funerales, mandó buscar á sus parientes, á quienes su nombre y su recuerdo valieron seguridad y honores. Estos fueron los principales acontecimientos de la toma de Siracusa. El botín que se recogió casi igualó al que se hubiese podido encontrar en

Cartago contra la que se combatía con fuerzas iguales. T. Otacilio, al frente de ochenta quinquerremes, hizo vela de Lilibea hacia Utica, entró en el puerto antes de amanecer y capturó allí naves de transporte cargadas de trigo, hizo un desembarco para talar los terrenos inmediatos á la ciudad, y se embarcó de nuevo habiendo recogido inmenso botín. Tres días después de su partida regresó á Lilibea con ciento treinta naves de transporte cargadas de trigo y de provisiones. En seguida envió aquellos socorros á Siracusa, adonde llegaron con mucha oportunidad, porque vencedores y vencidos se encontraban igualmente amenazados de los horrores del hambre.

Dos años hacía que no había ocurrido nada notable en España, interviniendo más la política que las armas en las operaciones militares. Pero en este mismo verano los generales romanos, al salir de los cuarteles de invierno, reunieron sus tropas y celebraron consejo, decidiendo por unanimidad que, después de haberse contentado hasta entonces con impedir á Asdrúbal que pasase á Italia, era tiempo de terminar la guerra de España, para lo que se creían bastante fuertes con el auxilio de veinte mil celtibéricos sublevados durante el invierno. Los cartagineses tenían tres ejércitos: Asdrúbal, hijo de Gisgón, y Magón se habían reunido, teniendo su campamento á unas cinco jornadas de los romanos. Más cerca de ellos estaba Asdrúbal, hijo de Hamílcar, veterano general que desde mucho tiempo hacía la guerra de España y cuyo ejército se encontraba al pie de los muros de la ciudad de Anitorgis. Los generales romanos querían acabar con él primeramente, creyéndose con bastantes fuerzas para ello; temiendo solamente que la derrota intimidase al otro Asdrúbal y á Magón, y que refugiados en desfiladeros y gargantas inaccesibles, prolongasen la guerra. Juzgóse, pues, que



el mejor partido era dividir las tropas en dos cuerpos y acometer á la vez la conquista de toda España. La repartición se hizo de este modo: P. Cornelio marcharía contra Magón y Asdrúbal, con las dos terceras partes del ejército romano y de los aliados; Cn. Cornelio, con la tercera parte de las tropas veteranas, unidas con los celtibéricos, operaría contra Asdrúbal Barcino. Los dos generales y los dos ejércitos partieron al mismo tiempo, los celtibéricos formando la vanguardia, acamparon cerca de la ciudad de Anitorgis, en presencia de los enemigos, de los que solamente les separaba el río. Allí se detuvo Cn. Escipión con las fuerzas mencionadas antes, y P. Escipión continuó la marcha para su peculiar empresa.

No tardó Asdrúbal en observar que había pocos romanos en el ejército enemigo y que su único recurso era el auxilio de los celtibéricos. Conocía la perfidia natural de los bárbaros, y particularmente de todos los pueblos, entre los que guerreaba desde tantos años. Las comunicaciones eran fáciles, estando los dos campamentos llenos de españoles: en consecuencia de esto trató secretamente con los jefes de los celtibéricos, y les indujo, con el cebo de rica recompensa y que se llevasen sus tropas. Como no se trataba de volver las armas contra los romanos, y además les ofrecían por no hacer guerra cantidad tan considerable como por hacerla, no les pareció odiosa la proposición. Además, la idea del descanso, el placer de volver á sus hogares y al seno de sus familias halagaba á los soldados. Así fué que se ganó tan fácilmente á la multitud como á sus jefes; además de que no temían que siendo tan pocos los romanos, les retuviesen por fuerza. Este ejemplo deberá inspirar siempre desconfianza á los generales romanos; lección memorable que les enseñará á no contar con los socorros extraños sino cuando tengan en

su campamento más tropas y fuerzas propias. De pronto arrancan sus enseñas los celtibéricos y se retiran, sin responder otra cosa á las preguntas de los romanos, que les rogaban permaneciesen allí, sino que les obligaba la necesidad de defender sus hogares. Escipión, que no había podido retener á sus aliados ni por ruegos ni por fuerza, que se veía imposibilitado de hacer frente á los cartagineses y de reunirse con su hermano, consideró lo más prudente retroceder todo lo posible, y evitar cuidadosamente todo encuentro en la llanura con el enemigo, que había pasado el río y le estrechaba de cerca en la retirada.

Al mismo tiempo experimentaba P. Escipión iguales temores y se encontraba expuesto á peligros más grandes delante de un enemigo nuevo. Era este el joven Masinisa, aliado entonces de Cartago, y que debió á la alianza con Roma tanta celebridad y poderío. A la cabeza de la caballería númida, se presentó primeramente á P. Escipión, en el momento de su llegada, y no cesó de hostigarle día y noche, no solamente sorprendiendo á los soldados que se separaban del campamento para recoger leña ó forraje, sino viniendo á caracolear hasta delante de las líneas, lanzándose en medio de los puestos y produciendo por todas partes turbación y espanto. Frecuentemente, durante la noche, repentino ataque propagaba el terror hasta las puertas del campamento y al otro lado de las empalizadas, y no había punto ni momento en que los romanos estuviesen al abrigo del temor y del cuidado. Esrechados de esta manera en sus líneas, privados de todo, encontrábanse reducidos á sostener un sitio, que muy pronto iba á hacer más rigurosa aún la llegada de Indibilis, si conseguía unirse á los cartagineses con siete mil quinientos suesetanos. Escipión, aquel general tan prudente y previsor, cediendo á la necesidad, tomó entonces la temeraria re-